

— ¡Lo que ha debido gozar el diablo al veros!

— ... captando el fluido astral y las fuerzas atmosféricas, y yo pude más, como siempre que alguien intenta oponerse á mis designios.

— Sea como fuere, — dijo el rey — y por primera providencia, voy á hacer encarcelar á ese ingrato Villequier.

— Guardaos bien de hacerlo, poderoso señor. Permitid, por el contrario, la encarcelación del que se hace llamar Nemours y no es más que un bohemio que se adorna con la melena del león. Decid á los concejales que pareciéndoos sospechoso el barrio en que está la casa de la villa, aceptáis la torre de Nesle como teatro de la fiesta á que ellos os han invitado. Por lo demás, silencio absoluto; como si no supierais nada, y dejadme hacer. Os juro que no tendréis por qué quejaros.

Un momento después, y de acuerdo en absoluto con el monarca, el mago rojo alejábase del Luvre, diciéndose mentalmente :

— Los tengo en mi poder á todos; Blanca será vengada mañana.

Al pasar por la calle de Beauvais había cambiado de aspecto, y hubiérase jurado que era Salem-Kebir. Sin embargo, cuando atravesó la calle de San Honorato, algunos pasantes creyeron reconocerle y se alejaron de él santiguándose y murmurando :

— ¡Abou-Nadarah, el astrólogo de la reina Catalina!... ¡A la hoguera el brujo!

XIII

EL ATAÚD DE CRISTAL

El Hotel de Entragues asentaba sus muros de severas líneas en la parte más estrecha de la calle del Gallo.

Dicho edificio, de aspecto por demás austero, parecía hallarse fuera de su emplazamiento natural en el centro del barrio aristocrático que se honraba poseyendo el Hotel de Soissons y el Luvre, y que podía asimismo alardear de ver levantarse en su recinto verdaderas preciosidades arquitecturales representadas por numerosas iglesias, capillas, monasterios y moradas señoriales entre las que se distinguían por su magnificencia, los Hoteles de Epernon, de Longueville, de Borbón, de Alensón y de Orleans.

Y parecía hallarse fuera de su natural emplazamiento, no tan sólo á causa de la ausencia de todo adorno en la rígida fachada, casi puritana, si que también porque desde muchos años antes permanecían sus ventanas cerradas á piedra y lodo, en términos que los vecinos

más inmediatos no recordaban haberlas visto abiertas ni una sola vez.

A no ser porque algunos servidores discretos y poco comunicativos salían todas las mañanas para realizar las compras indispensables, hubiera podido creerse que la casa en cuestión estaba deshabitada.

Como es fácil suponer, las comadres del barrio se desesperaban ante la imposibilidad de enterarse de lo que podía ocurrir detrás de aquellos muros impenetrables, y su curiosidad no satisfecha traducíase en una serie de macabras historias, por ellas inventadas unas, y otras de origen desconocido, entre las que la más repetida y comentada era la que daba por cosa cierta y averiguada la existencia en el Hotel misterioso de un cadáver embalsamado y expuesto en una caja de cristal.

Un hecho cierto, indiscutible, era que Francisco de Balzac, primer conde de Entragues, vivía en aquella casa en reclusión absoluta, abriendo su puerta á intervalos de ocho días para recibir á su hermano menor, Carlos, llamado Entraguet, que tenía un domicilio particular por la calle del Pie del Diablo; y una vez al mes para recibir la visita de varios jóvenes señores, de la intimidad del duque de Guisa.

¿Qué era lo que podía determinar al conde Francisco, entonces en toda la fuerza de la edad pues solo contaba cuarenta años, á enclaustrarse precisamente en los años mejores de su vida? ¿Un duelo quizás? ¿Tal vez un voto?

Probablemente, ambas cosas á la vez.

Sin embargo, todo duelo, por hondo que sea, tiene sus límites. Y por otra parte, los votos eternos sólo los pronuncian los que al servicio de Dios se dedican.

Digamos de una vez que el conde Francisco no había recibido las órdenes monásticas; pero en cambio hubo de pronunciar terrible juramento sobre el cuerpo de una muerta, y fiel á su palabra llevaba ya diez y siete años esperando que llegase el momento de cumplirla.

Algo creemos haber apuntado de esta terrible historia al narrar los muchos y variados acontecimientos que preceden.

Sí: el lector debe recordar que luego del cuádruple duelo de los miñones, la marquesa María de Villanueva-Marsan hablando á su hija Solange en la habitación de esta última, hubo de decirle sobre poco más ó menos, evocando recuerdos de su vida pasada, estas palabras:

«Éramos tres muchachas, hermanas, de corazón, aunque no por la sangre: Blanca de Vertu, Verbena de Nattier y yo. Todo en la existencia parecía sonreírnos pues estábamos prometidas á los hombres que amábamos, tres amigos, casi tres hermanos. Yo estaba á punto de casarme con tu padre; Blanca debía unirse á Jacobo de Armañac de Saboya-Nemours, y Verbena á Francisco de Balzac de Entragues... ¿Dónde estáis, pobres sueños de felicidad, de un porvenir luminoso apenas entrevisto? La desgracia debía ensañarse con nosotros todos. Verbena, la más joven, fué raptada por el marqués de Villequier, que la obligó á figurar en un

festín nocturno, al terminar el cual la pobre niña, creyéndose deshonrada, dióse la muerte. A partir de ese día nadie ha visto jamás al conde Francisco. »

Lo dicho por la marquesa Maria era cierto en todas sus partes; sin embargo, interesada en enterar á Solange cuanto antes de todo lo referente á su propia desgracia, omitió detalles de la historia de su desgraciada y joven amiga; detalles que, por creerlos necesarios, vamos nosotros á revelar al curioso lector.

A fines de 1559 y principios de 1560, esto es, durante los pocos meses que ocupó el trono de Francia Francisco II, el muchacho enfermizo, Catalina de Médicis hubo de encerrarse en el Louvre para huir del Hotel de Tournelles en el patio del cual había encontrado la muerte su esposo en lucha cortés con Montgomery. La reina afectó entonces un duelo teatral, y aun cuando á consecuencia del mismo quedaron suspendidas todas las fiestas oficiales, justo es reconocer que el diablo no perdió nada con tal medida.

Vivía por aquel entonces en París un gentilhomme normando de dudosa extracción, Luis de Villequier, quien pobre y por lo tanto ambicioso, hubo de ingeniarse para obtener el favor de Catalina.

Ya antes habíase hecho con la confianza del canciller Miguel del Hospital, y en calidad de auxiliar de este último frecuentó el trato de la reina-madre, semiregente, presentándose siempre á ella con estudiado servilismo.

En realidad era un hipócrita, y doble su vida. Fuera del Louvre, por las noches, despojábase de su máscara

de gravedad, y á la cabeza de los jóvenes más turbulentos inventaba distracciones inverosímiles, organizando fiestas orgiásticas y reuniones reprobables.

Casi todos los gentileshombres del partido católico seguían este movimiento, y pudo por aquel entonces verse á Villequier convidando á dichas fiestas libertinas no tan sólo á las más hermosas unidades del femenino escuadrón volante, si que también á parientas y aun hermanas de sus alegres compañeros de placeres.

Estas costumbres, propias de la decadencia romana, merecieron la reprobación del señor Francisco de Balzac, católico de los de la antigua fórmula, que no hubiera podido complazarse en ambiente tan libertino, por temperamento, primero, y además, porque amaba con toda su alma á una segunda sobrina suya, Verbena de Nattier, huérfana en aquel entonces, y de la cual era él único pariente.

Verbena habitaba el Hotel de Entragues, en el que su virtud no corría riesgo alguno, pues el conde Francisco hubiérase apuñalado antes de sucumbir á la tentación de franquear los umbrales del cuarto de la joven, mientras esta no fuera su esposa.

Ambos primos estaban prometidos; pero la boda no debía verificarse, porque para impedirlo hallábase siempre despierto el rencor de Villequier.

Sucedió pues que una noche el señor de Balzac hubo de sentarse á la mesa solo, frente á frente de su hermano pequeño Carlos, que entonces contaba cuatro años, por hallarse ausente Verbena de Nattier.

Esta no salía nunca como no fuera para ir á casa de

una de sus dos amigas : Blanca de Vertu ó María, más tarde marquesa de Villanueva. El conde Francisco, pensando que una de las dos había retenido á Verbena, no se inquietó al pronto de la ausencia de ésta ; pero como se prolongaba más de lo justo, envió recados á ambas casas y supo entonces que la joven no había visitado á ninguna de sus dos amigas.

¿Dónde podía hallarse ?

¿Qué encuentro desagradable podía haberla apartado de su camino ? Todo era de temer en una ciudad como París perturbada entonces por las facciones, y en aquellas calles tortuosas y oscuras en las que pululaban desde el atardecer los bandidos de toda laya.

Dominado por la inquietud siempre creciente, Francisco decidió pasar la noche en vela.

Con las primeras luces de la aurora coincidió la llegada al Hotel de Verbena, cuyo estado no podía ser más deplorable. Temblando de fiebre, sosteniéndose apenas, manchado de vino el corpiño y de sangre la toca de encaje, dióse prisa á meterse en la cama, ayudada por su camarera. Una vez acostada, hizo llamar al conde Francisco, quien al verla tan pálida se arrodilló junto al lecho vertiendo lágrimas silenciosas.

Fué entonces cuando en voz baja, en voz que más que tal sólo era un suspiro, hizo la infeliz á su novio la espantosa confidencia.

Salía ella de la iglesia de San Eustaquio, terminado el oficio de visperas, y disponíase á dirigirse hacia el Hotel cuando algunos hombres enmascarados, arroján-

dola en una carroza, la condujeron á casa de Villequier quien presidía una alegre comilona.

En torno á la mesa sentábanse señores ya ebrios y mujeres á medio vestir.

¿Quiénes eran aquellos señores ? Verbena no pronunció ningún nombre, excepción hecha del de Villequier.

Hiciéronla sentar á la fuerza, y aun quisieron obligarla á reir y á beber con los demás comensales, todo en vano. La joven cerró los ojos y mantuvo sus labios inmóviles, hasta que uno de aquellos viciosos, alentado por las mujeres perversas, pretendió poner en ella una mano criminal. Todo el pudor de la virgen sublevóse al torpe contacto ; y creyendo que sólo la muerte podía ofrecerle un refugio contra la salacidad de sus infames agresores, enterró en su propio seno, y hasta el mango, uno de los cuchillos que se hallaban á su alcance sobre la mesa del banquete.

Al decir esto Verbena había entreabierto su camisa adornada de flamencos encajes, y Francisco de Balzac, á quien el llanto ahogaba, retrocedió horrorizado. El albo seno de amor aparecía rojo, y abierto por tremenda herida por entre cuyos bordes hubo de deslizarse en aquel preciso momento, el alma inmaculada de la infeliz criatura que habiéndose conservado pura de toda mancha, quiso morir entre los brazos del hombre á quien eligiera por esposo.

Ya no respiraba Verbena, y sin embargo, á través de las lágrimas que aun hinchaban sus párpados, sus abiertos ojos parecían sonreír á las celestes visiones hacia

las cuales acababa de remontarse su angélico espíritu.

No es posible dar una idea de la desesperación que se apoderó entonces del enamorado primo, quien abrazado al cádaver, estrechábalo febrilmente, acariciando los cabellos y besando los labios, mudos ya para siempre.

Durante largo tiempo conservó el cuerpo entre sus brazos hasta que hubo de llamarle á la realidad el frío de la muerte, que sintió de pronto al contacto de su boca con la boca helada.

Enderezóse entonces, y fuese en busca de su hermano pequeño al que llevó en brazos á la cámara mortuoria.

Carlos no estaba entonces en edad de comprender, y sólo llamó su atención la rigidez cadavérica del cuerpo de la joven. Pero una escena que hubo de desarrollarse enseguida hizo impresión tan profunda en su infantil espíritu, que recordarla debía, en todos sus detalles, durante el resto de su existencia.

Francisco puso en efecto la manecita temblorosa del niño en la izquiérda mano de la difunta, y tomando él á su vez la derecha, dejó caer lentas y sombrías estas palabras, mientras miraba alternativamente á la que fuera su prometida y al Cristo suspendido á la cabecera del lecho :

— Verbena, esposa mía, serás vengada, y para ello he de aplicar la ley del talión, ¡te lo juro! Aquí, bajo mi custodia, permanecerán tus despojos, como testigo mudo de la infamia cometida, hasta el día en que quede hecha justicia. Sólo entonces los cubrirá la tierra.

Palabra por palabra, cambiando la de *esposa* por la de *hermana*, hubo de repetir tal juramento el pequeño Carlos, quien pugnaba por apartar su mano del helado contacto de la difunta.

Llamados por su amigo al día siguiente, Jacobo de Armañac y Jacobo de Villanueva se encerraron con él en la cámara de Verbena.

¿Qué hicieron allí los tres hombres? Es de suponer que, como estudiosos que eran, y ya versados en las ciencias, debieron practicar el embalsamamiento del cuerpo con arreglo al método recomendado por Paracelso, y practicado ya por su profesor Rodolfo Goloenio. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que cuando los dos Jacobos abandonaron el Hotel de Entragues, Verbena de Nattier, vestida con albo traje y coronada de flores, parecía dormir sobre su lecho.

Doce años pasaron, sin que en tan largo espacio de tiempo se alterasen en lo más mínimo las costumbres de aquella casa, transformada en una tumba.

El conde Francisco custodiaba fielmente el cuerpo insepulto de su prometida. De todo cuanto ocurría en el mundo, sólo le interesaba una cosa : lo que se refería á Villequier, quien en concepto de Entragues debía forzosamente enamorarse de veras y amar un día ú otro, más tarde ó más temprano ; y él, Balzac de Entragues, esperaba á que germinase esa pasión para hacer de ella un instrumento de su proyectada venganza.

Por aquel tiempo, y sin que él hubiese solicitado tal favor, fué nombrado gobernador de Orleans ; pero se

abstuvo de posesionarse de su cargo, y continuó guardando celosamente su muerte querida.

Y el día en que Carlos cumplió los diez y seis años, hizolo entrar en la cámara mortuoria, por la vez primera desde la noche trágica.

El aspecto interior de aquella habitación impresionó en gran manera al joven de Entragues. Los muros se hallaban cubiertos de seda blanca; ramos de azucenas, de margaritas y de rosas blancas, disimulaban, á lo largo del friso, los nudos del cortinaje; la cama había desaparecido, levantándose en su lugar, entre las dos ventanas siempre cerradas, una especie de altar tapizado de blanca seda salpicada de lágrimas de plata.

En medio al altar veíase un ataúd transparente, una urna de cristal; y dentro de ella, sobre cojines de blanca seda, visible, impresionante, destacábase el cuerpo rígido de Verbena de Nattier, en traje de desposada.

Dicho ataúd había sido introducido en el Hotel de Entragues el 16 de junio de 1563, y hubo de serle enviado al conde Francisco por Máximo Dolci, maestro vidriero de Venecia.

Aun cuando, como ya dijimos antes, Carlos no contaba más que cuatro años en la época en que murió Verbena, apenas introducido en aquella extraña cámara reconoció á la que fuera prometida de su hermano, y á su memoria acudieron en tropel todos los recuerdos de la noche memorable.

El dolor que estas penosas remembranzas le ocasionaron, entrególo, inerme, á la voluntad de su hermano

mayor, quien le obligó á extender la mano sobre el ataúd, y a pronunciar, esta vez con pleno conocimiento de causa, las mismas palabras pronunciadas doce años antes, palabras que, como sabemos, constituían un feroz compromiso.

Pasó luego el tiempo, y Carlos, lanzado en el torbellino de la vida cortesana é incorporado á la santa liga bajo el pabellón de Enrique de Guisa, habíase alejado no poco del triste sepulcro de que acabamos de hablar. Esto no quiere decir que escapase al cumplimiento del terrible compromiso contraído; antes al contrario, parecía como si la muerte se lo recordase cada semana por la boca de su hermano mayor el conde Francisco.

Ambos se encontraban una vez cada ocho días en la capilla fúnebre, y una vez en ella, hablaban de la vida y hechos del criminal, Villequier, situándose para hacerlo á ambos lados de la difunta, cuyos labios dijérase que se movían para murmurar: « Mucho tardáis en vengarme. »

El criminal, desde la fecha trágica en la que tácitamente quedara condenado á muerte, había pasado algún tiempo vegetando, hasta que al advenimiento al trono de Enrique III, alzóse de pronto, y traicionando á su protectora Catalina de Médicis, consiguió escalar las cumbres del poder en fuerza de humillaciones y de bajezas.

Así siguieron las cosas hasta que cierto día Francisco hubo de decir á su hermano Carlos:

— Durante algún tiempo, he creído que me sería posible vivir lo bastante para ejecutar personalmente

la venganza prometida; pero vencido por el dolor, envejecido, debilitado, necesitaría poder contar con alguien que fuese como yo mismo; y he aquí que aquel que me parecía el más indicado para asumir esa sagrada obligación, comienza á ser perjuro.

Levantó Entraguet orgullosamente la cabeza al oír estas palabras, y exclamó vehemente:

— Si es por mí esa injuria, conde, retiradla. El culto al honor es hereditario en nuestra raza. No habrá consideración alguna que me haga olvidar el compromiso contraído.

— ¿Y si tu corazón debiera sangrar al cumplir lo jurado?

El joven balbuceó:

— No os comprendo, hermano.

Y sí comprendía, mejor dicho, creía comprender, aunque no atreviase á creer posible lo comprendido.

— Carlos, — continuó el mayor — creo en tí. Sin embargo, permíteme que te pregunte: ¿cómo es que quien hace para ti veces de padre, no merece ya tu confianza?

— ¡Oh, conde! Como podéis creer...

— Lo que yo creo es esto: hace poco tiempo que has comenzado en San Eustaquio una amorosa intriga con una joven...

— Niñerías indignas de distraer vuestra atención, hermano; — dijo Carlos. — Por eso no os hablé de ello.

— Debiste hacerlo sin embargo; porque... ¿sabes quién es esa jóven?

— Sólo me ha dicho su nombre de pila.

— Yannie, ¿no es eso?

Entraguet se puso colorado.

— Sí, eso es, — dijo; — pero ¿quién ha podido informaros, conde?

— Ya lo sabrás á su tiempo; ahora dime, ¿no conoces ningún otro detalle acerca de ella?

— ¡Si apenas podemos cambiar una palabra! Una vieja la acompaña, que parece su sombra. Ayer, por fin, encontré medio de enterarme de que vive bajo el poder de un viejo tutor tiránico que se dice locamente enamorado de ella.

— ¿Y no has pensado — preguntó Francisco — en que esa pasión senil en un hombre sin escrúpulos puede resultar peligrosa para la niña?

— Ella lo sabe, y dice que nada puede sorprenderle de parte de su tutor.

— ¿Nada? Muy prevenida me parece la joven. Pero en fin, tú, ¿no has inventado nada para arrancarla de las garras de su carcelero?

Entraguet, el miñón del duque de Guisa, sonrió al oír esta pregunta de su hermano.

— ¿Has inventado algo? — preguntó de nuevo este último. — ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?

— La casa del indigno tutor, — dijo el pequeño — está muy cerca de aquí, en la calle de la Austruce, y la servidumbre se compone tan sólo de dos criadas viejas. Los muros no son muy altos que digamos; y como el tirano se retira á horas imposibles, esta misma noche Riberac, Schomberg y yo debemos asaltar la

cárcel y llevarnos á Yannie, quien ha consentido en dejarse raptar.

— ¡Justo cielo! — exclamó el conde, alzando sus manos hacia el ataúd de vidrio; — he aquí la manifestación de vuestra voluntad que yo esperaba. ¡Gracias, Señor, gracias!

Carlos, consternado, temeroso de comprender, miraba á su hermano esforzándose por dominar sus aprensiones.

— Sí, — continuó diciendo el recluso, dirigiéndose á él, — Dios hace causa común con nosotros y nos aprueba. Él es quien ha guiado tus pasos hacia la iglesia de San Eustaquio; Él quien ha puesto en tu camino y héchote cautivar á la única mujer á la que yo quería verte seducir, á aquella que llevo llamando diez y siete años... ¡Por fin llega el momento de la prueba!

— La prueba... — repitió el joven, asustado.

— Sí, la prueba, Carlitos, hermano mío... ¡Ah! Tú no has hecho nada por indagar el nombre odiado de ese tutor infame, de ese sátiro viejo capaz de vender su alma y de verter su sangre á cambio de un poco de ternura de parte de su pupila, Yannie de Goulaine...

— ¡De Goulaine! — dijo, de nuevo como un eco, el joven Entraguet.

— Pues yo voy á decírtelo ese nombre, puesto que lo ignoras. Ese hombre es...

— ¿Es?

— Es el marqués Luis de Villequier, el miserable abyecto que, sin respeto por el pudor de una virgen y burlándose de sus lágrimas la ofreció en espectáculo á

una reunión de vividores y de mujeres perdidas. Es el asesino de nuestra querida muerta.

En el semblante de Carlos reflejábase en aquel momento el dolor más intenso.

— Puesto que conociais el nombre del culpable, ¿por qué no lo matasteis? — preguntó en voz baja.

— Porque no hubiera sufrido bastante. Empleando con él las mismas armas de que el muy cobarde supo servirse, quiero torturarle como él me torturó. Quiero verle desesperado, oírle gritar ¡perdón! y contemplar cómo desgarrá sus carnes con las uñas. Quiero verlo deshecho, vencido, condenado, llamando á la muerte como liberación suprema, y apuñalándose por su propia mano para no ver prolongarse su suplicio...

Francisco Balzac habíase animado al hacer la enumeración de sus deseos implacables; la sangre afluía á sus mejillas, animando y vivificando la glacial inmovilidad de su rostro; y en el fondo de sus órbitas, las negras pupilas relampagueaban como si las hubiese de pronto reanimado el soplo de odio, que revivía á su vez sintiendo próxima la ansiada satisfacción. Hasta la frente pálida parecía iluminada por una atmósfera de extraño regocijo, y las mechas grises de los cabellos agitábanse retorciéndose como tentáculos ávidos de sangre.

Aquel hombre sabía odiar. Era una voluntad inflexible, contenida en un cuerpo de hierro; el hombre del duelo á muerte, el amante cuyo corazón habíase petrificado después de un juramento.

Físicamente considerado, era hermoso, con varonil hermosura impresionante. Cuanto á su temple de alma,

es de creer que ningún atormentador hubiera podido inventar un suplicio parecido al que proyectaba aquel genio del castigo.

Carlos de Entragues habíalo escuchado temeroso, y contemplábale sin reconocerle, imaginándose que ante él se erguía la temerosa cabeza de la más cruel de las Gorgonas.

— Conde, — preguntó por fin — ¿qué expediente pensáis emplear?

— Nada te importa, Carlos, — dijo el mayor; — tiempo tendrás de conocerlo. Volvamos á tus confidencias. Yo conozco muy bien á ese personaje, me consta que es avaro como él solo, y fácil es deducir que su casa debe estar mal vigilada. La expedición que proyectas con Riberac y Schomberg será sin duda un éxito. Supongamos, pues, que todo sale bien, y que ya tienes en tu poder á la señorita; ¿dónde piensas llevarla?

— La verdad es, — dijo Carlos — que aún no había pensado en eso; pero el problema tiene, á mi modo de ver, fácil solución. ¿Tendríais algún inconveniente en que la ponga bajo la protección de la reina Luisa de Lorena?

— Sí que lo tengo.

— Me han dicho que la marquesa de Villanueva-Marsan...

— No sigas, hermano; María continúa sin duda en Bonaguil.

— No, que está en París.

— Aun cuando así sea; no cuentes con ella.

— Entonces no veo otro asilo posible para Yannie que la casa de Margarita de Harcourt-Longueville, la esposa del gran Preboste.

— Pues yo veo otro, — afirmó el conde.

— ¿Cuál?

— Aquí.

Enorme peso oprimió de pronto el pecho del joven de Entragues.

— Hermano, — balbuceó consternado, — ¿es acaso que pensáis en utilizar á esa niña como cebo para atraer al monstruo contra el cual meditáis una justa venganza?

— Venganza que sería muy pobre, si me limitara á hacer lo que tú crees, — afirmó el conde. — Pienso hacer algo mejor que eso, ya te lo he dicho.

— En ese caso permitidme que vaya á provocarle y...

— ¡Te lo prohibo en absoluto! Es preciso que ese hombre sufra.

— Por eso no ha de quedar. Si es preciso lo haré quemar á fuego lento...

— ¡Niñerías! Los dolores físicos no significan nada; lo que yo quiero es quemarle el corazón y despellejarle el alma.

— ¡Por favor, conde, explicaos! — imploró Carlos en el colmo de la angustia. — ¿Qué es lo que pretendéis hacer?

— Lo mismo que quiso hacer él y que hubiera logrado de no tropezar con una virgen de entereza sobrehumana. Yo soy un acreedor implacable; es pre-

ciso que ese miserable me pague íntegramente y sin regateos. Yo amaba como él ama; yo esperaba la dicha, lo mismo que cuenta él obtenerla. Ya estamos frente á frente, marqués de Villequier. Ahora comprenderás que no es fácil empresa la de atacar impunemente á los Balzac de Entragues, que pertenecen a una raza que no perdona. Pusiste á prueba su paciencia, y tu pobreza te salvó durante algún tiempo; pero tu reciente riqueza te condena. Ha llegado la fecha del vencimiento, la hora de pagar en la misma moneda; vergüenza por vergüenza, dicha por dicha, virgen por virgen!

-- ¡Jamás! -- rugió Entraguet, quien comprendía al fin. -- ¡Jamás, jamás! ¿Cómo, después de lo que acabo de oír, traer aquí á Yannie? ¡No, nunca, nunca!

El rostro de Francisco adquirió en aquel momento una expresión espantable.

-- ¡Desgraciado! -- dijo. -- ¿Cómo te atreves á pronunciar esa blasfemia!

-- Castigad si queréis al culpable, -- decía Carlos; -- pero ¿por qué atacar á una inocente?

-- ¿Acaso no lo era tu hermana? ¿Deberé renegar de ti y hacerme cuenta que no tengo hermano?

-- ¡Piedad! -- imploró Carlos cayendo de rodillas. Como si no. Con trágico ademán el primer conde de Entragues señaló al ataúd de cristal, en el que inmóvil y muda descansaba la infortunada Verbena, sosteniendo entre sus manos marfileñas un ramo de rosas blancas.

Luego pronunció lentamente:

-- ¿Tuvo él piedad acaso?

Quiso el joven abrazarse á sus rodillas; pero Francisco le rechazó, y siempre con el brazo extendido, añadió con voz tan inflexible como su ademán:

-- ¡Mira y acuérdate! ¡Lo has jurado!